

512. *Valor frente á las cosas.*—Aquel que con arreglo á su carácter está lleno de consideraciones y de timidez para con las personas, pero despliega todo su valor frente á las cosas, teme las relaciones nuevas y las nuevas intimidades, y restringe las antiguas para que su incógnito y su radicalismo en la verdad se confundan.

513. *Trabas y belleza.*—¿Buscas hombres dotados de bella cultura? Tendrás que aceptar entonces, como cuando buscas hermosas comarcas, puntos de vista y aspectos limitados. Hay, ciertamente, hombres panorámicos, son instructivos y asombrosos, pero carecen de belleza.

514. *A los más fuertes.*—Espíritus, los más fuertes y orgullosos, no se os pide más que una cosa: no nos impongáis una carga nueva á nosotros, sino aliviadnos de parte de nuestro fardo, puesto que sois los más fuertes. ¡Pero os gusta tanto hacer lo contrario, porque queréis alzar el vuelo!, y por eso tenemos que añadir vuestra carga á la nuestra; es decir, tenemos que arrastrarnos.

515. *Aumento de la belleza.*—¿Por qué aumenta la belleza con la civilización? Porque entre los hombres civilizados las tres ocasiones de la fealdad se presentan cada vez con menos frecuencia: en primer lugar, las pasiones en sus explosiones más salvajes; en segundo lugar, el esfuerzo físico llevado al extremo; en tercer lugar, la necesidad de inspirar temor con nuestro aspecto, necesidad que en los escalones inferiores y mal seguros de la civilización es tan grande y tan frecuente, que determina hasta las actitudes y las ceremonias y convierte la fealdad en un deber.

516. *No hacer entrar nuestro demonio en el prójimo.*—Admitamos por ahora la opinión de que la benevolencia y los beneficios son lo que caracteriza al hombre bueno; pero no dejemos de añadir: «á condición de que empiece por ser benévolo consigo mismo y por hacerse beneficios á sí mismo», pues de lo contrario huiría de sí mismo, se detestaría y se haría mal y no sería un hombre bueno. Entonces no haría más que salvarse de sí mismo en los demás; y ¡guárdense los demás de que no les ocurra algo malo con todo el bien que aquél parece desearles! Mas eso precisamente, huir de su yo y odiarle, vivir en los demás y para los demás, es lo que se ha llamado hasta ahora con tanta sinrazón como seguridad, carecer de egoísmo, y ser, por consiguiente, *bueno*.

517. *Inducir al amor.*—Hay que temer al que se odia á sí mismo, podemos ser víctimas de su ira y de su venganza. ¡Cuidemos de impulsarle al amor de sí mismo!

518. *Resignación. ¿Qué es la resignación?*—Es la posición más cómoda de un enfermo que se ha agitado mucho tiempo en los dolores para hallarla, y á quien esa agitación *ha fatigado*, lo cual le ha hecho encontrar la resignación.

519. *Ser engañado.*—Desde el momento en que queréis hacer algo, es menester cerrar las puertas á la duda—decía un hombre de acción.—¿Y no temes ser engañado?—contestaba un hombre contemplativo.

520. *La eterna ceremonia fúnebre.*—Al escuchar la historia entera, podría creerse que oímos una continua



oración fúnebre; se ha enterrado siempre y se entierra aun lo más querido, pensamientos y esperanzas, y, en cambio, se recibe orgullo, *gloria mundi*; es decir, la pompa del discurso mortuorio. Así es como se arregla todo, y el que pronuncia la oración fúnebre es el mayor bienhechor público.

521. *Vanidad excepcional.*—Tal hombre posee una elevada cualidad que le sirve de consuelo; su mirada pasa con desprecio sobre todo lo restante de su ser... y casi todo él forma parte de lo restante. Pero él descansa de sí mismo cuando se acerca á aquella especie de santuario; el camino que á él conduce le parece una ascensión por escalones anchos y suaves. ¡Qué crueles sois! ¡Querriais llamarle vanidoso por esto!

522. *La sabiduría sorda.*—Oír cotidianamente lo que se dice de nosotros y hasta tratar de descubrir lo que de nosotros se piensa, es cosa que acaba por aniquilar al hombre [más fuerte. Si los demás nos dejan vivir es para tener razón contra nosotros cotidianamente. No nos soportarían si fuésemos nosotros los que tuviésemos razón contra ellos, y menos todavía si *quisiéramos* tener razón. En una palabra: hagamos este sacrificio en obsequio á la buena armonía general; no escuchemos cuando se habla de nosotros, cuando se nos elogia ó se nos censura, cuando se expresan deseos ó esperanzas acerca de nosotros; ni siquiera pensemos en ello.

523. *Preguntas insidiosas.*—Siempre que el hombre deja traslucir alguna cosa y permite que se haga visible, se puede preguntar: ¿qué quiere ocultar? ¿De dónde [quiere distraer la mirada? ¿qué preocupación

quiere evocar? ¿Hasta dónde llega la sutileza de este disimulo? y ¿hasta qué punto comete un error, al proceder así?

524. *Celos de los solitarios.*—Entre los caracteres sociables y los caracteres solitarios hay esta diferencia (suponiendo que unos y otros tengan talento): los primeros están satisfechos ó casi satisfechos de una cosa, desde el momento en que encuentran en su espíritu un giro feliz que se adapte á aquel asunto; esto les reconciliaría hasta con el diablo! En cambio, los solitarios experimentan con las cosas un placer silencioso ó reciben de ellas un dolor silencioso también; detestan la exposición ingeniosa y brillante de sus problemas interiores, del mismo modo que les desagradaría en su amada un vestido muy llamativo; la mirarían entonces melancólicamente, como si sospechasen que quiere agrandar á otros. Estos son los celos que todos los pensadores solitarios, que todos los soñadores apasionados tienen del ingenio.

525. *Efectos de las alabanzas.*—Unos se avergüenzan al ser muy elogiados; otros se vuelven impertinentes.

526. *No querer servir de símbolo.*—Compadezco á los príncipes. No les es lícito anularse de vez en cuando en sociedad, y por eso no aprenden á conocer á los hombres más que en una postura incómoda y en un constante disimulo; la obligación continua de representar algo acaba por convertirles en solemnes nulidades. Y lo mismo les sucede á todos los que tienen el deber de ser símbolos.



527. *Los hombres ocultos.*—¿No habéis descubierto hombres de esos que contienen y aprietan su corazón, lleno de encanto, y prefieren quedarse mudos á perder la vergüenza de la proporción y la medida? Y ¿no habéis tropezado con esos hombres molestos y bonachones que no quieren ser notados, que borran sus huellas en la arena y que llegan hasta á engañarse y engañar á los demás, con tal de permanecer ocultos?

528. *Abstinencia rara.*—Muchas veces es una señal de humanidad que no carece de importancia el no querer juzgar á alguno y negarse á emitir apreciaciones acerca de él.

529. *Cómo adquieren lustre los hombres y los pueblos.*—¡Cuántos actos muy individuales hay de que nos abstenemos, sólo por el temor de que puedan ser mal interpretados, ó porque, antes de ejecutarios, nos asalta la duda de que puedan serlo! Precisamente son estos los actos que tienen verdadero valor, en bien ó en mal. Luego cuanto mayor sea la estimación en que tenga á los individuos una época ó un pueblo, cuantos más derechos y más preponderancia les conceda, más actos de estos se aventurarán á salir á la luz del día, y así es como llega á difundirse sobre las épocas y sobre pueblos enteros, cierto destello de sinceridad y de franqueza en lo bueno y en lo malo, y algunos, como sucede con los griegos, continúan proyectando sus rayos, como las estrellas desaparecidas, durante miles de años, después de su desaparición.

530. *Rodeos del pensador.*—La marcha del pensamiento en algunos hombres es toda ella severa, inflexiblemente audaz; llega en ciertos casos hasta á ser cruel

consigo misma: sin embargo, en los pormenores, estos hombres son amables y flexibles; dan diez vueltas alrededor de una cosa, con una vacilación benévola, pero acaban por seguir su camino recto. Son ríos con numerosos remansos, con cuevas aisladas; hay parajes en que sus aguas juegan al escondite consigo mismas, y se permiten al pasar breves coqueteos con los islotes, los árboles, las grutas, las cascadas, pero que siguen su curso pasando sobre las rocas y abriéndose camino al través de las rocas más duras.

531. *Experimentar otro sentimiento frente al arte.*—Desde el momento en que un hombre se pone á hacer la vida de ermitaño, devorador y devorado, sin más compañía que sus pensamientos hondos y fecundos, ó no quiere saber nada del arte, ó le pide algo diferente de lo que antes le pedía; es decir, que cambia su gusto. Antes, por medio del arte, quería penetrar un instante en el elemento en que ahora vive de una manera permanente; entonces, evocaba en sueños el hechizo de la posesión; ahora, posee. Por el contrario, arrojar de sí lo que se tiene y soñar que se es pobre, niño, mendigo y loco, es lo que puede ahora causarle placer en ocasiones.

532. *El amor iguala.*—El amor quiere quitar del amado todo sentimiento que haga de él un extraño; está, por consiguiente, lleno de disimulo y de asimilación; engaña sin cesar, y representa la ficción de una igualdad que realmente no existe. Esto se hace de una manera tan instintiva, que mujeres enamoradas niegan este disimulo y este dulce y continuo engaño, y sostienen la pretensión audaz de que el amor hace iguales; es decir, que hace un milagro.



Este fenómeno es muy sencillo cuando una persona se deja amar y no estima necesario fingir, dejando este cuidado al otro amante; pero no hay comedia más embrollada y más intrincada que esta, cuando ambos están apasionados el uno por el otro y, por consiguiente, cada uno de ellos renuncia á sí mismo y se pone al nivel del otro, queriendo hacer lo que él; entonces ninguno de los dos sabe lo que debe imitar, lo que debe fingir, cómo debe presentarse. La hermosa locura de este espectáculo es demasiado bella para este mundo y demasiado sutil para ojos humanos.

533. *Los que empezamos.*—¡Cuántas cosas adivina y ve un cómico viendo representar á otro! Nota en un gesto cuándo un músculo se niega á prestar su servicio; separa esas pequeñas cosas ficticias que se ensayan separadamente y á sangre fría delante del espejo y que no quieren fundirse en el conjunto; advierte cuándo el actor es sorprendido en la escena por su propia invención, y cómo con su sorpresa echa á perder el efecto. ¡De qué diferente modo mira un pintor á un hombre que se muere delante de él! Ve muchas más cosas de las que existen en la realidad, para poder completar lo que tiene delante y poder darle su efecto completo; ensaya en su memoria diferentes iluminaciones del mismo objeto; da variedad al conjunto del efecto, mediante una oposición que añade. ¡Lástima que no tengamos el ojo de ese cómico y de ese pintor para el reino del alma humana!

534. *Las pequeñas dosis.*—Para que una transformación pueda extenderse todo lo posible y llegar á lo profundo, es necesario administrar el remedio en pequeñas dosis, pero sin interrupción, en dilatado espa-

cio de tiempo. ¿Qué cosa grande se puede crear de una vez? Nos guardaríamos bien de cambiar precipitada y violentamente las condiciones morales á que estamos habituados por una nueva evaluación de las cosas; por el contrario, deseamos seguir viviendo así mucho tiempo, hasta que advirtamos, y probablemente será muy tarde, que la nueva evaluación se ha apoderado de nosotros, y que las pequeñas dosis, á las cuales debemos acostumbrarnos desde ahora, nos han creado una nueva naturaleza. Así es como se empieza á comprender que la última tentativa de una gran mudanza en las evaluaciones concernientes á las cosas políticas, es decir, la *gran revolución*, no fué más que un patético y sangriento charlatanismo que por medio de crisis repentinas supo inculcar á la crédula Europa la esperanza de una curación súbita, con lo cual ha hecho que los enfermos políticos se vuelvan impacientes y peligrosos.

535. *La verdad necesita del poder.*—En sí misma, la verdad no es una potencia, digan lo que quieran los retóricos racionalistas. Por el contrario, necesita poner de su parte á la fuerza ó ponerse ella al lado de la fuerza, pues de lo contrario perecerá siempre. Es cosa demostrada hasta la saciedad.

536. *Las esposas.*—Nos subleva el ver con qué crueldad impone cada cual á los demás, cuando carecen de ellas, sus virtudes particulares, y cómo les atormenta con esas virtudes. Seamos nosotros también humanos con el «espíritu de lealtad» cualquiera que sea nuestra certeza de poseer con él esposas capaces de apretar hasta hacer saltar la sangre á todos esos grandiosos egoístas que quieren imponer su modo de pen-



sar al mundo entero, y aunque hagamos ensayado esas esposas en nosotros mismos.

537. *Maestría*.—Se ha llegado á la maestría cuando no se yerra *ni se vacila* en la ejecución.

538. *Enajenación moral del genio*.—En cierta clase de ingenios sobresalientes, observamos un espectáculo penoso, á veces horrible: sus instantes más fecundos, sus vuelos más elevados y que llegan más lejos, no parecen conformes con el conjunto de su constitución y exceden de ella de una manera ó de otra, de suerte que siempre aparece un estigma y se delata á la larga un defecto de la máquina que se manifiesta en los tipos de elevada inteligencia á que nos referimos en toda clase de síntomas morales é intelectuales con mucha mayor regularidad que las enfermedades físicas.

Estos aspectos incomprensibles de la naturaleza de los hombres superiores: lo que tienen de tímidos, de vanidosos, de biliosos, de envidiosos, de mezquinos y que se manifiesta en ellos de repente; lo que hay de demasiado personal y de estrecho en caracteres como los de Rousseau y Schopenhauer, podría ser efecto de una enfermedad periódica del corazón, y ésta consecuencia de una enfermedad nerviosa que á su vez dependiera de otra cosa.

Mientras reside en nosotros el genio, nos sentimos llenos de osadía, estamos como locos y se nos da muy poco de la salud, de la vida y de la honra; volamos libres como las águilas y vemos en la oscuridad como el buho. Mas he aquí que el genio nos abandona de repente y en el mismo instante un gran temor nos invade; no nos comprendemos á nosotros mismos, nos

hace padecer todo lo que hemos experimentado en la vida y aun lo que no hemos experimentado; es como si estuviéramos en una roca pelada en medio de la tempestad, y somos á la vez como pobres almas de niños á quienes asusta un ruido ó una sombra. Las tres cuartas partes de lo malo que se hace en la tierra se hace por miedo, y el miedo es ante todo un fenómeno fisiológico.

539. *¿Sabéis lo que queréis?*—¿No os habéis sentido jamás atormentados por el temor de no ser enteramente capaces de comprender la verdad, por el temor de que vuestros sentidos esten aún demasiado embotados y de que la agudeza de vuestra vista sea todavía demasiado grosera? ¿Si pudiérais adivinar por un momento qué voluntad domina tras de vuestra visión! ¡Cómo ayer, por ejemplo, queríais ver más que otro y hoy queréis ver de diferente manera que ese otro, ó bien cómo aspiráis á ver algo que se halla conforme ó en oposición con lo que se ha creído ver hasta ahora! ¡Oh vergonzosas ansias! ¡Cuán frecuentemente estáis al acecho de un efecto violento ó acaso de algo tranquilizador, si por ventura os sentís fatigados! ¡Siempre llenos de presentimientos secretos sobre cómo debería ser la verdad para que vosotros, precisamente vosotros, pudiérais aceptarla! ¡Creéis hoy, porque os habéis helado y estáis secos como una mañana clara de invierno, sin que nada os oprima el corazón, que ve mejor que vuestros ojos! ¿No se necesita calor y entusiasmo para hacer justicia á los objetos del pensamiento? ¿No es esto lo que se llama ver? ¡Como si os fuese posible mantener con los objetos del pensamiento relaciones diferentes de las que tenéis con los hombres! Hay en aquellas relaciones la misma moralidad, la



propia honradez, la misma segunda intención, el mismo relajamiento, el mismo temor; está en ellas todo vuestro yo en lo que tiene de amable y en lo que tiene de odioso. Nuestras languideces físicas prestarán á las cosas matices tiernos, nuestras fiebres harán de ellas monstruos. ¿No ilumina las cosas vuestra mañana de diferente manera que vuestra tarde? ¿No teméis hallar en la caverna del conocimiento vuestro propio fantasma, red con qué se envuelva la verdad para disfrazarse ante vosotros? ¿No es esta una comedia horrible en que aturdidamente queréis representar un papel?

540. *Aprender.* — Miguel Angel veía en Rafael el estudio, en sí mismo la naturaleza: en aquél el arte aprendido, en sí el don natural. Esto era, sin embargo, una pedantería, dicho sea sin intención de faltar al respeto á aquel gran pedante. ¿Qué es el talento sino el nombre que damos á un estudio anterior, á una experiencia, á un ejercicio, á una asimilación, á una apropiación, estudio que se remonta acaso á nuestros padres ó más lejos todavía? Además, el que aprende se crea sus propios dones. No es fácil aprender, ni basta para ello la buena voluntad; se necesita poder aprender. En los artistas suele ser un obstáculo la envidia ó ese orgullo que se pone á la defensiva en cuanto se dibuja el sentimiento de algo extraño, en vez de ponerse en estado de recibirlo. Rafael no tenía ni esa envidia ni ese orgullo, como tampoco los tenía Goethe, y por eso fueron ambos *grandes aprendices* y excelentes explotadores de los filones formados por el desplazamiento de los estratos y por la genealogía de los antepasados. Rafael se eclipsa, desaparece de nuestra vista cuando aprende todavía, y se ocupa en asimilarse lo que su gran rival llamaba su naturaleza. To-

dos los días arranca un pedazo de ella aquel noble ladrón; pero antes de haber transportado á sí todo Miguel Angel, muere, y la última serie de sus obras, principio de un nuevo plan de estudios, es menos perfecta y menos excelente precisamente porque el gran aprendiz se vió perturbado por la muerte en el cumplimiento de lo más difícil de su misión y se llevó á la tumba el último fin justificador al cual aspiraba.

541. *Cómo hay que petrificarse.* — Volverse duro, lentamente, lentamente como una piedra preciosa; y, por último, permanecer así tranquilamente para deleite de la eternidad.

542. *Filosofía de la vejez.* — Es un error permitir á la tarde que juzgue al día, pues muchas veces la fatiga se torna justiciera de la fuerza, del buen éxito y de la buena voluntad. Por la misma razón deberían adoptarse las mayores precauciones en lo tocante á la vejez y á sus juicios sobre la vida; pues la vejez, como la tarde, gusta de vestir el disfraz de una moralidad nueva y encantadora, y sabe humillar al día con las rubicundeces del poniente, con el crepúsculo y su apacible calma ó su emoción impregnada de deseos. El respeto que nos inspira el anciano, sobre todo cuando es un pensador y un sabio, nos ciega fácilmente sobre el envejecimiento de su inteligencia, y es necesario poner de manifiesto los síntomas de este envejecimiento y de este cansancio; es decir, mostrar el fenómeno fisiológico que se esconde detrás del juicio y de la preocupación moral, para que el respeto no nos engañe y perjudique al conocimiento.

No es raro que la ilusión de una gran renovación moral y de una regeneración se apodere de un anciano.



no. Basándose en este sentimiento, expresa acerca de su vida juicios que podrían hacer creer que entonces es cuando ha empezado á tener clarividencia; mas la inspiradora de esa severidad y de ese juicio tan seguro no es la sabiduría, sino la fatiga. El signo más peligroso de esta fatiga es la *creencia en el genio*, que se apodera de los grandes hombres del pensamiento y de los menos grandes en este límite de la vida: la creencia en una posición excepcional y en derechos excepcionales. El pensador, visitado por el genio, cree lícito tomar las cosas á la ligera y dogmatizar en vez de demostrar; pero es probable que la necesidad de reposo que experimenta, á causa de la fatiga del entendimiento, sea la fuente principal de esta creencia, y la precede en el orden del tiempo, aunque parezca lo contrario.

Además, en ese momento de la vida se quiere disfrutar de los resultados de pensamiento, por efecto de la necesidad del regalo común á todas las personas fatigadas y á todos los viejos, en vez de examinar de nuevo esos resultados y de volver á sembrarlos, ó si es preciso, de darles un gusto nuevo, para hacerlos sabrosos y corregir su sequedad, su frialdad y su falta de sabor. De esto depende el que el pensador anciano se eleve en apariencia por encima de la obra de su vida, cuando en realidad la echa á perder con la exaltación, las dulzuras, las especias, las brumas poéticas y las luces místicas con que la adoba. Esto fué lo que le ocurrió á Platón al cabo, y también á aquel grande y leal francés, á quien no pueden oponer los alemanes ni los ingleses de este siglo una figura semejante—pues nadie como él se ha apoderado de la ciencia verdadera y la ha dominado—: me refiero á Augusto Comte. Véase un tercer síntoma de la fati-

ga: aquella ambición que inflamaba el pecho del gran pensador cuando era joven y que entonces no hallaba con que satisfacerse en parte alguna, esa ambición envejece también; como el que no tiene ya nada que perder, se apodera de los medios de satisfacción más cercanos y más groseros, es decir, de los que corresponden á los caracteres activos, dominantes, violentos, conquistadores; quiere fundar entonces instituciones que lleven su nombre, en vez de levantar edificios de ideas. ¿Qué son ya para él las victorias y los honores etéreos del reino de las demostraciones y las refutaciones? ¿Qué le importa una inmortalidad conseguida mediante los libros, un estremecimiento de júbilo en el alma del lector? La institución, en cambio, es un templo—bien lo sabe él—, un templo de piedra, un templo duradero, que hace vivir á su Dios con mayor certeza que los holocaustos de las almas tiernas y escogidas.

Acaso le acontece también en esa época hallar por vez primera aquel amor que se dirige más bien á un dios que á un hombre, y todo su ser se endulza y se ablanda bajo los rayos de semejante sol, como un fruto en el otoño. Así, el gran anciano se torna más divino, más bello; pero con todo, la edad y la fatiga son lo que le permite madurar así, volverse silencioso y descansar en la luminosa adulación de una mujer. Se acabó su antiguo y altivo deseo de tener verdaderos discípulos, deseo superior hasta á su propio *yo*; de tener discípulos que fuesen la verdadera prolongación de su pensamiento, es decir, adversarios. Este deseo tenía su fuente en la fuerza no debilitada, en el orgullo consciente y en la seguridad de poder tornarse él también, en un momento dado, el adversario y hasta el enemigo irreconciliable de su propia doctrina. Mas ahora necesita partidarios declarados, compañeros sin



escrúpulos, tropas auxiliares, heraldos, una comitiva pomposa. No puede soportar ya el aislamiento terrible en que vive todo espíritu que vuela adelantándose á los demás y se rodea de objetos de veneración, de comunión, de ternura y de amor; quiere gozar de los mismos privilegios que todos los hombres religiosos y celebrar lo que venera en comunidad; llegará hasta á inventar una religión para tener su comunión de fieles.

Así vive el sabio anciano, y acaba por caer insensiblemente en una tan dolorosa vecindad de los excesos clericales y poéticos, que no nos atrevemos á recordar su juventud sabia y severa, su rígida moralidad cerebral de entonces, su temor verdaderamente viril de las ideas extravagantes y de las divagaciones.

Cuando se comparaba antaño con otros pensadores más antiguos, era para medir seriamente su debilidad con la fuerza de ellos, y para volverse más frío y más libre respecto de sí mismo; ahora no se entrega á esa comparación más que para embriagarse con su propia locura. Antaño pensaba con confianza en los pensadores futuros; se veía desaparecer á sí mismo con extremado júbilo, en su luz más resplandeciente, ahora le atormenta la idea de no poder ser el último pensador; piensa en el medio de imponer á los hombres, con la herencia que les deja, una restricción del pensamiento soberano; teme y calumnia el orgullo y la sed de libertad de los espíritus individualistas; no quiere que tras él pueda nadie gobernar libremente su inteligencia, quiere convertirse para siempre jamás en el dique en que continuamente se estrellen las olas del pensamiento. ¡Estos son sus deseos, secretos muchas veces, confesados otras!

El hecho brutal que aparece detrás de semejantes

deseos, es que se ha detenido él mismo delante de su propia doctrina; con ella se ha levantado una barrera, un «no pasarás de aquí». Al canonizarse á sí mismo, se ha extendido su propia partida de defunción; desde entonces su espíritu no tiene el derecho de desenvolverse; ha pasado ese tiempo para él; la aguja del reloj se ha parado. Cuando un gran pensador quiere convertirse en una institución atando la humanidad á su porvenir, se puede afirmar con certeza que ha traspasado la cumbre de su fuerza, que está muy fatigado y próximo á la decadencia.

543. *No convertir á la pasión en argumento á favor de la verdad.*—¡Fanáticos de buena índole, fanáticos nobles, os conozco! ¡Queréis conservar la razón delante de nosotros, pero también, y ante todo, delante de vosotros mismos! Y una intranquilidad de conciencia, sagaz é iracunda, os impulsa frecuentemente contra vuestro propio fanatismo. ¡Qué ingeniosos os sentís entonces para engañar y adormecer á vuestra conciencia! ¡Cómo odiáis á las personas honradas, sencillas y limpias de espíritu! ¡Cómo huís de sus ojos inocentes! Esa *certeza contraria* de que ellos son los representantes y cuya voz oís dentro de vosotros mismos, dudando de vuestra creencia, tratáis de hacerla sospechosa con el nombre de conciencia intranquila, de enfermedad de la época, de negligencia en los cuidados de vuestra propia salud. ¡Llegáis hasta á odiar á la crítica, á la ciencia, á la razón! ¡Os es menester falsificar la historia para que os dé la razón, negar virtudes para que no hagan sombra á las virtudes de vuestros ídolos y de vuestro ideal! ¡Donde harían falta argumentos de la razón, ponéis imágenes coloridas, calor y fuerza en la expresión; una niebla argentina, no-



ches ambrosíacas! ¡Sabéis iluminar y oscurecer, oscurecer con luz! Y cuando vuestra pasión se enfurece, llega un momento en que os decís: «¡Me he conquistado ya la tranquilidad de conciencia, soy magnánimo, esforzado, desinteresado, grandioso; soy honrado!» ¡Qué deseosos estáis de esos momentos en que vuestra pasión os confiere un derecho pleno y absoluto ante vosotros mismos, en que recobráis, en cierto modo, la inocencia; de esos momentos de lucha, de embriaguez, de valor, de esperanza en que estáis fuera de vosotros mismos, por encima de todas las dudas, y en que decretáis: «aquél que no esté fuera de sí como nosotros, no puede saber qué es la verdad, ni dónde está la verdad!» ¡Qué ansia tenéis de hallar hombres de vuestras ideas que se encuentran en ese estado—que es el de la depravación de la inteligencia—y de atizar con vuestro fuego su incendio! ¡Malaventurado martirio el vuestro! ¡Malhadada victoria de mentira santificada! ¿Es necesario que os causéis tanto mal á vosotros mismos? ¿Es forzoso?

544. *Cómo se cultiva al presente la filosofía.* — Observo que nuestros jóvenes, nuestros artistas y nuestras mujeres, cuando quieren filosofar, piden á la filosofía que les dé lo contrario de lo que recibían de ella los griegos. El que no entienda el júbilo continuo que palpita en cada proposición y en cada réplica de un diálogo de Platón, el júbilo que emana de una nueva invención del pensamiento racional, ¿qué podrá comprender en Platón?, ¿qué en la filosofía antigua? En aquel tiempo llenábanse las almas de alegría al entregarse á los juegos sobrios y severos de las ideas, de las generalizaciones, de las refutaciones, con esa alegría que acaso conocieron también los grandes, seve-

ros y sobrios contrapuntistas de la música. En aquel tiempo se conservaba en Grecia, en la lengua, aquel otro gusto más antiguo, omnipotente en otros tiempos, y junto á él aparecía el gusto nuevo, dotado de tal encanto, que hacía cantar y balbucear como en un momento de embriaguez amorosa, cantar la dialéctica, «el arte divino». El gusto antiguo era el pensamiento bajo el imperio de las costumbres, en el cual no existían más que pensamientos fijos, hechos determinados, ni había más razones que las de autoridad; de suerte que pensar no era más que repetir, y que todo el deleite del raciocinio y del diálogo tenía que descansar en la forma. (Dondequiera que la esencia es considerada eterna y verdadera en su generalidad, no hay más que una gran magia: la de la forma que cambia, es decir, la de la moda. También en los poetas, desde los tiempos de Homero y después en los artistas plásticos, no gustaban los juegos de la originalidad, sino de lo contrario de ésta.) Sócrates fué quien descubrió la magia contraria, la de la causa y el efecto, la de la razón y la consecuencia, y nosotros los hombres modernos estamos tan acostumbrados á la necesidad de la lógica, tan educados en la idea de esa necesidad, que se nos presenta como el gusto normal, y en este concepto tiene que repugnar á las personas exaltadas y presuntuosas. ¡Les encanta lo que se diferencia de los gustos comunes! Su sutil ambición se esfuerza en creer que su alma es excepcional, que no son seres dialécticos y discursivos, sino, por ejemplo, «seres intuitivos», dotados de un *sentido interno* ó de una *contemplación intelectual*. Pero ante todo quieren ser temperamentos artísticos, con genio en la cabeza y un demonio en el cuerpo, y dotados, por consiguiente, de derechos excepcionales en este mundo y en el otro,